

LA MUJER Y EL VINO EN LA LITERATURA: HISTORIA DE UN DESENCUENTRO

MARÍA ROSAL NADALES
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

Con este trabajo sobre vino, mujeres y literatura quisiera agradecer a la Real Academia de Córdoba y a cuantos han animado mi quehacer literario que me hayan recibido y me permitan formar parte de esta ilustre institución a la que me ofrezco de todo corazón para colaborar en la medida de mis posibilidades. Como Académica Correspondiente por Montilla entiendo que puede ser representativo hablar de vino mujeres y literatura porque en las tres categorías me siento especialmente implicada. En la literatura por mi condición de profesora y de estudiosa de la misma, en la de mujeres, por razones obvias de pertenencia a un sexo, pero también por una conciencia reivindicativa sobre el papel de las mujeres en la sociedad actual y las limitaciones que nos han sido impuestas secularmente. En el vino, por lo que tiene de símbolo de nuestra campiña —donde no quiero olvidar esta noche a Fernán-Núñez, mi pueblo— y de Montilla, que ya me ha brindado otras ocasiones para hablar de vino en el *XL Pregón de la Vendimia* y en la *I Cata de Vino dirigida a Mujeres*.

La literatura, y la literatura sobre mujeres y vino se ha constituido en los últimos años en una línea prioritaria de investigación dentro de mis intereses como lectora y profesional de la literatura que se ha ido nutriendo y ampliando con la revisión crítica de obras capitales de nuestra historia literaria culta y popular, sin olvidar autores que han sido relegados por el canon o cuyas obras nos han sido menos presentes. Ello ha aportado un corpus ingente de testimonios en los que el imaginario patriarcal dibuja un vasto mapa misógino que se recrudece notablemente cuando las mujeres se relacionan con la bebida y el vino.

Como en un texto de estas características, necesariamente breve, no sería posible profundizar en los condicionantes sociales, filosóficos, políticos, o culturales sobre los que se fundamentan los testimonios que aportamos, bástenos un acercamiento en el que no esté ausente la mirada irónica, desdramatizadora, sin por ello dejar de ofrecer unos puntos de reflexión sobre nuestro pasado literario e histórico. No olvidemos que la literatura es un documento social y complejo, heteroglósico, donde dialogan múltiples voces reflejando la ideología de una época y los presupuestos sociales y políticos en los que nace y se desenvuelve el texto literario. Textos que por otra parte han pervivido durante siglos ofreciendo una continua revisión, afirmación o descrédito, pero, desde luego, un fecundo diálogo con nuestra tradición literaria.

Al hablar de mujeres y vino en la literatura en lo que hemos denominado *Historia de un desencuentro*, nos vamos a centrar en la visión misógina que transmiten estos textos, reproductores del imaginario patriarcal de nuestra cultura occidental y cristiana. ¿Qué piensan los hombres de las mujeres, qué imagen se transmite de su función en la

sociedad, de sus capacidades, o cuáles son las normas de comportamiento con que la práctica social sanciona el proceder de las mismas. ¿De qué manera ellas también contribuyen a mantener ese imaginario? ¿Acaso lo combaten? ¿De qué modo?

Es de todos conocido que la sociedad patriarcal propone modelos diferentes para hombres y mujeres, modelos que muchas veces aparecen fundamentados en razones naturales, físicas o fisiológicas pero cuyas verdaderas y ocultas motivaciones son históricas, de construcción social y cultural. Ello implica funciones distintas, espacios propios, derechos y libertades diferenciados. Para el género masculino los espacios son los públicos: se le encomienda la defensa de la esposa y de la prole frente a los peligros, se reviste de autoridad, elabora las leyes, ostenta el poder económico... Para el género femenino se reducen los límites: ámbito privado, tareas domésticas de cuidado de la casa, los animales, la familia, reproducción y crianza. De ello encontramos abundantes testimonios en la historiografía política, científica y, como no, literaria que han sido tradicionalmente androcéntricas.

La historia de la misoginia y la de nuestra cultura se confunde y entrelaza. La misoginia ha estado presente en la vida y la Literatura como reflejo de múltiples condicionantes sociales, políticos, ideológicos..., históricos en definitiva. La encontramos en la Biblia, en los textos de los Padres de la Iglesia y los teólogos medievales, en los sermones, en los textos jurídicos, filosóficos, médicos; la ha recogido la literatura culta y la popular, las coplas, el refranero, los romances, los proverbios, los poetas, las colecciones de cuentos, el teatro, la novela, el ensayo, las obras sancionadas por el canon en definitiva que han transmitido la visión androcéntrica del mundo con el consiguiente retrato desdibujado y deformado de las mujeres.

Pretender en tan corto espacio como el que nos ocupa profundizar en todos los campos anotados sería tarea imposible, por lo que trataremos de acercar algunas calas donde la misoginia se ha mostrado con especial virulencia particularmente cuando el binomio mujer y vino pudiera atentar contra el orden patriarcal imperante y por ende contra los derechos tradicionalmente adquiridos por la mitad de los ciudadanos.

Está claro que la literatura ofrece la visión de quien escribe, sea propia o apropiada, transgresora o aceptada del imaginario cultural de la época y el lugar en el que se inscribe, como esta copla que alude a la diferencia social del beodo.

*Cuando un pobre se emborracha
con un rico en compañía,
lo del pobre es borrachera
y lo del rico alegría.*

Igual podríamos decir de las mujeres. Pues si miramos bien, sólo en el Refranero encontramos múltiples ejemplos de la distinta consideración social que adquiere la borrachera, según el sujeto que la porte. De manera que, aunque hallamos casos en los que la melopea es denostada en cualquier persona, —S. Pablo en su *Carta a los Efesios*: “Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay desenfreno—, son más abundantes y agresivos aquellos que la afean en la mujer. Así: “El hombre guapo ha de oler a vino y a tabaco”, “Por borrachera más o menos ninguno pierde casamiento”, mientras que en el caso de las mujeres, aunque encontramos “Sopa en vino no emborracha, pero alegra a la muchacha”, cuando la ingesta de vino se convierte en algo serio, similar al varón, el Refranero no duda: “Para la mujer borracha, el mejor remedio es la estaca”.

El desprecio a la mujer borracha se observa en el caso del emperador Federico III cuya esposa, Leonor de Portugal, no se quedaba embarazada. Ante la propuesta de los

médicos de que bebiese la mujer un poco de vino que la ayudara a concebir, el monarca exclamó: “Más quiero mujer estéril que borracha”. Recordemos cómo de la antigua Roma nos han llegado muestras de que las mujeres que bebían vino podía ser impunemente asesinadas por sus maridos que eran respaldados por las leyes. En una ley transmitida por Dionisio de Halicarnaso nos llegan testimonios de que el marido y los familiares juzgan tanto si había cometido adulterio como si había bebido vino y en cualquiera de los dos casos se la podía castigar con la muerte.

Otro testimonio que vilipendia a las mujeres beodas nos lo frece Quevedo en su *Poesía Satírica*:

*Permite que yo sea
el olmo desa vid, y que con lazos,
dándote mil abrazos,
tejida en laberintos mil te veas,
que en lo que toca a besos, comedido,
menos de los que das al jarro, pido.*

Un ejemplo claro en la Historia de la Literatura nos lo ofrece Fray Luis de León en *La Perfecta Casada*, que tantas reediciones e influencia tuvo, llegando a ser uno de los textos que, junto con la Biblia, más presencia ha tenido en los hogares españoles y que llegó a convertirse en un privilegiado regalo de boda para que la futura esposa no olvidara sus obligaciones. Fray Luis se presenta como el defensor del modelo patriarcal legitimando incluso los malos tratos:

“Que por más áspero y de mas fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la muger le soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh! ¿Qué es un verdugo? ¡Pero tu marido! ¿Es un beodo? Pero el nudo matrimonial le hizo contigo uno”.

Veamos a continuación una breve síntesis ilustrada de aquellos defectos que han sido atribuidos a las mujeres a lo largo de la historia y que se reflejan de manera abundante en los textos literarios.

Para Galeno “La hembra es menos perfecta que el varón por una primera razón: porque es más fría”. Y Pere Torrellas, en las *Coplas de las cualidades de las donas*, (s. XV) afirmaba:

*Mujer es un animal
que se dice hombre imperfecto
procreado en el defecto
del buen calor natural.*

Huarte de San Juan en su obra *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), comparte las teorías sobre la frialdad y humedad de las mujeres como sexo inferior y entiende que hay una estrecha relación entre comida, bebida y concepción, por lo que ofrece la receta para engendrar varones: “El pan con que comieren ha de ser candial, hecho de la flor de la harina, [...] La bebida ha de ser vino blanco, aguado en la proporción que el estómago lo aprobare”.

Entiende también que el mucho vino en los cónyuges tomado el día de la procreación puede hacer que el niño salga “vicioso y de malas costumbres”, en cambio “Si se bebe con moderación, de ningún manjar se hace tan buena simiente –para el fin que

llevamos— como del vino blanco, especialmente para dar ingenio y habilidad, que es lo que más pretendemos”.

Como ya adelantara Aristóteles en *Reproducción de los animales*: “Y es que hembra es como un macho mutilado, y las menstruaciones son esperma, aunque no puro, pues no les falta más que una cosa, el principio del alma”. Por donde el filósofo, con muy pocas palabras, define a las mujeres en orden a tres parámetros importantísimos que la sepultan en una escala humana inferior: La mujer mutilada, con un esperma de quinta categoría y sin alma, grave carencia esta última que la sitúa muy cerca de los animales. En este sentido abundan en el refranero los ejemplos en los que a las mujeres se las emparenta con animales para comentar sus defectos o el tratamiento requerido: “A la mujer y a la burra, cada día una zurra”.

En la caracterización de las maldades de las mujeres hay textos y autores que cobran especial relevancia, del mismo modo que podemos nombrar a otros que plantean una controversia con ellos y una defensa activa en sus textos de las cualidades del género femenino. Esto se ha visto a lo largo de la historia de la literatura aunque podemos señalar momentos álgidos de misoginia en los textos medievales, así como de vituperio y elogio en la larga polémica denominada la *Querelle des femmes*, gestada en el pensamiento misógino bajomedieval que recorrió Europa en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII.

Particularmente misógina es la visión de El Arcipreste de Talavera en su obra *El Corbacho*, o la de Cristóbal de Castillejo en su *Diálogo de mujeres*. La literatura erótica también ofrece con frecuencia una visión despectiva de las mujeres vistas como meros objetos del placer masculino. Por ejemplo en la *Carajicomedia* o en la poesía erótica de Hurtado de Mendoza. También la poesía satírica contribuye al desprecio femenino. Dice Quevedo: “Mujer que dura un mes se vuelve plaga”, al hacer la sátira de un casado al tercer día, sin olvidar otras obras de descrédito y vituperio: *Coplas de maldecir de mujeres* de Pere Torrellas; Luis de Lucena en *Repetición de amores*.

Este desprecio secular a las mujeres se incrementa como decíamos cuando intervine el vino de modo que éstas son, en opinión de Andrés el Capellán, un dechado de defectos y así los muestra en su obra para prevenir a los hombres, extrañándose de que puedan sentir amor por ellas. En *De amore. Tratado sobre el amor*, acumula sobre ellas todos los tópicos:

“Además, la mujer no sólo es considerada avara por naturaleza, sino también envidiosa, maldiciente, ladrona, esclava de su vientre, inconstante con sus palabras, desobediente, rebelde a lo prohibido, manchada con el vicio de la soberbia, ávida de vanagloria, mentirosa, borrachina, charlatana incapaz de guardar un secreto, lujuriosa en exceso, dispuesta a todos los vicios e incapaz de sentir amor por un hombre”.

En las colecciones de cuentos medievales abundan los apólogos misóginos donde se insiste en los defectos de las mujeres: son parleras, engañosas.... Así en el *Sendebär*: “Dice el sabio que aunque se tornase la tierra papel e la mar tinta e los peces d’ella péndolas, que no podrían escribir las maldades de las mujeres”.

Ya en el XII Marbodo de Rennes había escrito:

“[...]Es un sexo envidioso, liviano, irascible, avaro, desmedido en la bebida y de vientre voraz; disfruta con la venganza [...] es hablador, inconstante y, tras tantos males, soberbio. La mujer, armada con estos males, arruina el mundo”.

Martínez de Toledo, en el siglo XV:

“Dos cosas son de notar: ni nunca hembra harta de bienes se vido, ni beudo harto de vino, [...] la mujer que mal usa y mala es, no solamente avariciosa es hallada, más aún envidiosa, maldiciente, ladrona, golosa, en sus dichos no constante, cuchillo de dos tajos, inobediente, [...] mentirosa, amadora de vino la que lo una vez gusta, parlera, de secretos descubridera, lujuriosa, raíz de todo mal [...]”.

Visión presente ya en la Biblia donde en el Eclesiástico se afirma: “Enojo grande es mujer borracha, y no podrá ocultar su ignominia”.

El Valenciano Jaume Roig en el siglo XV publica *El espejo*, donde pretende enseñar a los jóvenes inexpertos que deben vivir apartados de las mujeres y de su maldad. Así se dirige a su sobrino que trata de tomar esposa:

“¿Dices que tomarás por parienta a una mujer? Así recibirás de ella más pronto embestida mortal; en breve habrás de verla enseñoreada de ti: querrá mandar más y te temerá menos. ¿Por qué te ciegas? Parece que abuses de la bebida”.

Según él no existen por definición las mujeres buenas, aunque sí —concede— las menos malas: “La que menos truena y relampaguea, la que menos brega mueve, la que causa menor estrago, es llamada buena como menos mala, por la misma razón que al vino agrio se le llama buen vino”.

No obstante existe también una tradición, aunque menor, de defensa de las mujeres. Se encuentra en la *Biblia* en *Proverbios* y en algunos textos de Ovidio. Cristóbal Acosta publica en 1592, aunque escrito en 1585 su *Tratado en loor de las mujeres*. Juan Rodríguez del Padrón en *Triunfo de las donas* o Diego de San Pedro en *Cárcel de amor*, Diego Valera con su *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres*. M^a de Zayas, Teresa de Cartagena, Sor Juan Inés de la Cruz, Sta Teresa...Rosalía de Castro, Carmen Conde y tantas mujeres sobre todo en los dos últimos siglos. También en el siglo XX a partir de los años 70 podemos ver cómo son muchos los textos reivindicativos que desde los distintos feminismos abordan la historia de las mujeres y su representación, encontrándonos en la actualidad con un corpus importante de obras que arrojan una visión crítica y revisan la representación que el patriarcado ha formulado de las mujeres.

En la *Epístola de Salomón (Libro de los Proverbios)* podemos leer: “Una mujer completa, quien la encontrará?” A continuación va desgranando las bondades de las buenas mujeres: “En ella confía el corazón del marido, trabaja la lana y el lino, ayuda al pobre, da de comer a los suyos, protege su casa, se presenta con dignidad, está alegre, “no come pan de ociosidad” “con el fruto de sus manos planta una viña”. También en el Refranero: “La mujer y la viña dan al hombre alegría”.

Una de las características definitorias de las mujeres es la de ser charlatanas, maldicientes, mudables e inconstantes en su palabra. Parleras las llaman. Así el Refranero: “Quien tiene mujer parlera, o castillo en la frontera, o viña en la carretera, no le puede faltar guerra”. No en vano a las mujeres siempre se les ha pedido silencio. Fray Luis de León dirán en *La perfecta casada*:

“Porque así como la naturaleza hizo a las mujeres para que, encerradas, guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca”.

Resulta significativo cómo se le ha tenido miedo a la mujer que puede expresarse por medio de la palabra, reivindicar, defenderse. Es peligrosa. Si tenemos en cuenta que, además, el vino suelta la lengua, ya la cosa se complica y el rechazo a que la mujer pueda embriagarse es doble: "Cuando el vino entra echa el secreto fuera".

Es además culpable de soberbia y la ira se adueña de sus actos con frecuencia". No hay mujer que no sucumba a los elogios, mil veces embustera y borracha". Para Andrés el Capellán "Las mujeres son también borrachas, es decir, beben vino a placer. En efecto, no hay ninguna mujer que no se avergüence de beber cada día en compañía de cien comadres el mejor falerno".

Posiblemente con mayor énfasis se alude a una de las tachas más importantes de las mujeres, su desmedida lujuria, la esclavitud que deben a su vientre, el estar dispuestas siempre al amor furtivo, a poner en peligro la honra, no sólo la suya, sino y sobre todo la del marido.

Para Juvenal la libido de las mujeres no conoce freno. La *Sátira VI* es fuente de textos misóginos. Critica a la mujer casada y detalla los defectos de las mujeres. Presenta una sátira del matrimonio como pérdida de libertad para el varón, por lo que recomienda a sus amigos que no se casen. También el refranero nos da muestras de ello: "Mujer vinosa, mujer lujuriosa", "El vino y la mujer el juicio hacen perder", "La mujer que toma, su cuerpo vende"; "Hombre casado burro amaestrado".

Luis de Lucena afea la conducta de las mujeres embriagadas en las romerías o en los templos: "Son algunas tan demasíadamente deshonestas que, hartas de vino, descubren sus vergüenzas, mojándose unas a otras".

Porque el vino hace amar la vida como lo certifican los cantos goliardescos del *Carmina Burana* "Cuando Baco frecuenta la compañía de las mujeres, las hace en seguida dóciles a ti, oh Venus", "Baco calma el carácter de las mujeres y las obliga a consentir prontamente a los avances del varón".

Destaca el fino sentido erótico del refrán: "De lo que tengo en la falda te daré un racimo" y el otro, más burdo "El vino anda si bragas".

Son numerosas las veces en las que el vino aparece en *La Lozana Andaluza*, ligadas a la buena mesa y a momentos eróticos. Afirma Lozana: "¿Quién te hizo puta? El vino y la fruta", entablando una relación semántica y paródica entre bebida y sexo: "...Véngase a mi casa esta noche y jugaremos castañas, y probará mi vino, que raspa". El vino también aparece ligado al sexo y a la infidelidad en otra novela picaresca, *El Lazarillo*, donde Lázaro de Tormes goza de un empleo como vendedor de vino a cambio de aceptar que su mujer se entienda carnalmente con el Arcipreste de S. Salvador.

En el siguiente fragmento mientras el marido va a vendimiar la mujer comete la fechoría: "Un buen hombre fue a vindimiar, y su mujer, pensando que tardaría allá, envió por su amigo con que hacía maldad y aparejó bien de comer", se dice en *El Libro de los enxemplos* (s. XV). Porque comer y beber abre la puerta a la lujuria. En el *Eclesiástico* se aconseja: "No comas con mujer casada ni te tiendas en su compañía en torno a la mesa para beber licores, no sea que inclines hacia ella tu corazón y que, perdiendo la vida, resbales hacia la tumba".

La asociación entre vino y falta de castidad la encontramos desde textos remotos ya en Grecia. De la relación entre vino y prostitución encontramos abundantes ejemplos, como el que anotamos, probablemente de Antón de Montoro, que señala al barrio cordobés del Potro y a la fama de sus tabernas.

*Averos de bastecer,
Damas, de lo que os fallece,*

*A la una de hoder,
Y a la otra de beber,
A sólo Dios pertenece.
Para matar esta guerra
Y cumplir lo uno y lo otro,
La una vaya a la sierra,
La otra quede en el Potro.*

Otro de los gravísimos defectos muy comentados de las mujeres es el de ser ventanera, andariega, que no para en casa.

*Quítate de esa ventana
y no seas ventanera;
que la cuba de buen vino
no necesita bandera.
(Copla manchega)*

Múltiples son también los refranes alusivos al tema tan querido por la tradición androcéntrica del encerramiento de las mujeres: “La mujer ventanera, uva de calle”, “Mujer en la ventana: parra en el camino real”, “En el andar y en el beber se conoce a la mujer”, “Mujer hermosa, viña e higueral, muy malos son de guardar”,

La acusación de desobediencia y rebeldía se repite en numerosos textos. La mujer concebida por el imaginario patriarcal como inferior al hombre -hecha de una parte de él y más imperfecta- no puede dejar de mostrar su naturaleza rebelde e inconforme lo que hace que el hombre arrastre no pocas preocupaciones por tan díscolo proceder. Así lo ilustra Andrés el Capellán con el ejemplo del hombre que asesinó a su esposa con el ardor de la copa prohibida, a sabiendas de lo poco que iba a tardar en desobedecerle:

“Pero he leído que hubo un hombre muy sabio que tenía una mujer a la que detestaba. No queriendo matarla con su propia mano para así evitar el crimen, y sabiendo intentaba conseguir todo lo que se le prohibía preparó una copa hermosísima y en ella vertió el vino mejor y más oloroso que encontró mezclándolo con veneno y dijo a su mujer: «Queridísima esposa, procura no tocar esta pequeña copa y no intentes de ningún modo probar este licor, ya que es un veneno mortal». Pero la mujer, que despreciaba las prohibiciones de su marido, tan pronto como aquel se marchó, tomó la bebida prohibida y el veneno la mató”.

Nótese como el pecado de desobediencia está más penado que el asesinato, seguramente por los sujetos que lo empuñan. No es un delito el asesinato que comete el marido, sino que se presenta como un hombre sabio que encuentra el modo de poner en su lugar a una mujer desobediente. En este caso la astucia del hombre se traduce como sabiduría, mientras que, como veremos en otras ocasiones, la astucia en la mujer se traduce en perfidia. Curiosa forma de sancionar las leyes sociales no escritas las actuaciones en función del género.

Las mujeres literatas han sido tradicionalmente proscritas y se ha impedido con saña su acceso a la cultura. Dentro del ámbito privado, con la pata quebrada y en casa, les estaba vedado el acceso a la universidad y a los preceptores a los que tenían derecho los varones coetáneos. Eso cuando se trataba de la clase pudiente, porque para las mujeres pobres era impensable cualquier derecho y posibilidad de aprendizaje fuera de las labores del hogar para servir a propios y a ajenos.

En el imaginario patriarcal se ha desarrollado el firme convencimiento que expresa-ra Lope de Vega en *La mayor victoria*:

*Siempre fue mi parecer
que naturaleza agravia
a la mujer que hace sabia
pues deja de ser mujer*

Huarte de San Juan en *Examen de ingenios para las ciencias* advierte: “Los padres que quisieren gozar de hijos sabios y que tengan habilidad para letras, han de procurar que nazcan varones; porque las hembras, por razón de su frialdad y humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo”.

Además, según informa Aristóteles, la inteligencia sólo se transmite por vía masculina. Así lo corroboran médicos, filósofos. La mujer como mero recipiente para los inseminadores y transmisores de las cualidades humanas. Mujer vaso, receptáculo que nada aporta a la procreación y cuando lo aporta puede suceder como indica Huarte de San Juan:

“Por donde es cierto que, en saliendo el hijo discreto y avisado, es indicio infalible de haberse hecho de la simiente de su padre; y si es torpe y necio se colige haberse formado de la simiente de la madre”.

Así se dirigen a Rodrigo sus hijas en el *Cantar de Mío Cid*: “Vos nos engendraste, nuestra madre nos parió”.

La sabiduría popular dialoga con los autores cultos en el Refranero: “Mujer que sabe latín no tiene marido ni tiene buen fin”. “Tres cosas mudan la naturaleza del hombre: la mujer, el estudio y el vino”. “El vino y la mujer se burlan del saber”. Pero no falta quien duda de la capacidad de aprendizaje de las mujeres, como Jaume Roig (*El espejo*):

“Aquel que pretende adoctrinarlas [...] escribe en el agua; tira el oro al río, echa vino nuevo en odre viejo con un embudo roto; [...] esparce perlas ante los puercos”.

“Da al diablo a la mujer que sabe más cuentos y historias que Tito Livio y enseña al marido cómo ha de hablar”, vuelve a decirnos Luis de Lucena. Y Diego, uno de los personajes de *No hay burlas con el amor* de Calderón, dirá:

*Porque el ingenio le sobra
Que yo non quisiera, es cierto,
Que supiera mi mujer
Más que yo, sino antes menos*

Y continúa diciendo:
*Sepa una mujer hilar
Coser y echar un remiendo
Que no ha menester saber
Gramática, ni hacer versos.*

Y en 1653 escribe Juan de Zabaleta:

“La mujer poeta es el animal más imperfecto y más aborrecible de cuantos forman la natura-

leza, porque no hay animal de tantas tachas que no sea bueno para algo, sola ella no es buena para cosa desta vida”.

Opinión contraria la muy conocida de María de Zayas:

“Por tenernos sujetas desde que nacimos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas y por libros almohadillas”.

El arreglo y la compostura han sido tradicionalmente mal vistos por el imaginario social masculino que entiende que la mujer que se arregla es porque algo busca y lo busca fuera de los fogones del hogar y del marido. Por eso los afeites han sido duramente criticados como corrobora el Refranero: “La vieja también se afeita, pero con vino” o “La moza en afeitarse y la vieja en beber, gastan todo su haber”.

A las mujeres se les acusa también de ladronas: “Dámela beoda, dártela he puta y ladrona”; avaras, así las ve Andrés el Capellán: “Ninguna mujer se considera suficientemente rica, del mismo modo que ningún borracho cree haber bebido suficiente”.

Pudiéramos pensar que las mujeres son vistas como un compendio de todos los males desatados ya por la primera mujer, Eva, y que por consiguiente no poseen ninguna bondad. Pero si observamos detenidamente veremos que lo que ocurre es que el imaginario patriarcal les niega las virtudes de manera tan sutil que en una hábil operación lingüística disfraza de negativo lo que pudiera ser positivo. Nos estamos refiriendo a la inteligencia de las mujeres que aparece nombrada como astucia, de modo que, llevadas de su maldad, usan la inteligencia —cuando la poseen—, en sentido negativo de manera que ésta se convierte en un catálogo de ardides para hacer daño al otro sexo y para satisfacer sus intereses: “La mujer, como el vino, engaña al más fino”.

Con todos estos atributos no debe extrañarnos que las mujeres hayan sido vistas como aliadas del diablo cuando no como el mismísimo Belcebú. La sabiduría popular así lo ratifica: “Dijo la mujer al diablo ¿Quieres que te ayude en algo?” y en el Eclesiástico: “Más vale maldad de varón que bondad de mujer” y el Refranero. “Mujer buena y segura, búscala en la sepultura”, “Las mujeres serán buenas cuando poden en Camarena”. (Parece ser que en Camarena no había viñas y a eso alude este refrán del XVI).

En definitiva y a la vista de los ejemplos comentados parece claro que las mujeres ha sido vistas como inferiores al varón y han sido dadas a su servicio, tal y como advierte Cristóbal de Castillejo, en su *Diálogo de mujeres*:

*¡Imperfecta criatura,
hecha para ser esclava,
cruel enemiga brava
y soberbia de natura!*

Sin embargo el refrán suaviza la intención: “A la mujer y al racimo, con tino”. Porque las mujeres no sólo son inferiores al varón, sino que son su posesión: “Mujer de dos y bodega de dos, no nos las dé Dios”.

Pero las mujeres son sobre todo Peligrosas. Pueden secuestrar la voluntad del varón y obligarlo a hacer lo que no quiere merced a su lujuria desmedida. Entre los refranes, abundan los que previene a los hombres contra la otra mitad de la especie: “El vino y la mujer, el juicio hacen perder”, “El vino y las mujeres a los hombres más sabios embrutecen”, “Entre la mujer y el vino hacen al hombre un pollino”.

La mujer se convierte en amenaza para los clérigos, que no por sabios y santos dejan de sentir el aguijón de la serpiente. Incitan a la guerra como lo constatan los versos de Ovidio:

*Infamemente, tras servirse el vino.
Una mujer de nuevo provocó
que guerrearan de nuevo los troyanos.*

El cuerpo de las mujeres ha sido el gran desconocido de los hombres que han inventado mitos para su fisiología y su sexualidad. La presencia de la regla se constituye en uno de los efectos discriminadores sobre todo si entran en relación con el vino y la bodega. A las mujeres no les está permitida la entrada en el templo mientras la sangre les dura. A la regla se le atribuyen consecuencias prodigiosas como secar los árboles de la huerta, empañar los espejos o matar alacranes con su saliva: "El vino sobrante de su copa causa efectos de infección o veneno en el hombre, lo mismo que si de él hacen sopa; y tiene la tal copa necesidad de ser lavada antes de beber con ella. [...] y te procura la muerte, como a Alejandro, si la humedad de cierto sitio te toca", dice Jaume Roig en *El espejo*.

Y en *La Celestina*, es Sempronio, en un parlamento en el que pretende convencer a Calisto de la maldad de las mujeres quien afirma: "Oye a Salomón do dice que las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar". Y aduce otros nombres de hombres sabios y santos varones que han caído por culpa de las mujeres. A lo que Calisto, inflamado de amor por Melibea responde: "Di, pues, ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Vergilio, esos que dices, como se sometieron a ellas, ¿soy más que ellos?". Con lo que el argumento de autoridad de Sempronio, se vuelve en contra del razonamiento del criado con admirable lógica, pues está claro que Calisto no tiene ninguna intención de vencer el maleficio del amor y las mujeres habida cuenta de que otros lo intentaron antes que él y no lo consiguieron.

La Clausura ha sido durante siglos el lugar natural de las mujeres, según los cánones del patriarcado, ya sea en el convento o en el hogar, al servicio de Dios o de los hombres. Porque está claro que "En la vida, la mujer tres salidas ha de hacer: cuando se casa, a misa, a la sepultura." Ni que decir tiene que no iba a ir a la taberna así las cosas. Ya lo avisa Cervantes en la segunda parte de *El Quijote*: "[...]la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y a la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta". En lo que está de acuerdo Fray Luis de León en *La Perfecta Casada*: "Como son los hombres para lo público, así las mugeres para el encerramiento; y como es de los hombres el hablar y el salir a la luz, así dellas el encerrarse y encubrirse." O Hurtado de Mendoza:

*Yo tengo a mi mujer tan encerrada
que no la puede ver hombre nacido
y está siempre con ella una criada.*

Lo que apoya Baltasar de Alcázar:

*Si vuestra mujer no es casta
y esto, compadre, os lastima,
echadle la llave encima
si os pareciere que basta.*

Ah, las mujeres, esas busconas, brujas, celestinas, trotaconventos, trotahuertos...

Pero ¿es que hubo alguna vez mujer virtuosa? ¿Alguien puede dar muestra de ello? Parece ser que sí que algunas hubo, por ejemplo María, la Virgen, encarnación de la virtud en tanto que madre del Salvador, virgen y madre, valga la paradoja. También se tienen noticias de otras virtuosas mujeres y de cómo de muchas de ellas se decía que eran viriles, como esencia de su virtud. Así en *El Eclesiástico*: “La mujer varonil da alegría a su marido, que cumplirá sus años en paz”.

Jaume Roig que tan ferozmente ataca a las mujeres en su obra *El espejo* (s. XV) concluye diciendo que sólo han existido dos mujeres en el mundo dignas de veneración: la Virgen María y su difunta esposa de la que dirá:

[...]su persona a todos parecía más varonil que femenina; yo no vi, desde que nací, tanta bondad en otra mujer.”

Curiosa paradoja que para que una mujer sea considerada virtuosa haya de renunciar a su propia identidad. Precisamente en *Jardín de nobles doncellas*, tratado que Fray Martín de Córdoba dedica a Isabel la Católica, la instruye en cómo debe sustraerse a los defectos que le corresponde por natura para llegar a ser *buen gobernante*: “Y si esta conjunción han de hacer todas las mujeres, mucho más la princesa que es más que mujer y en cuerpo mujeril debe traer ánimo varonil”.

Otro modo de anular la imperfección de la mujer es cultivando la virginidad, símbolo que se origina a partir de San Ambrosio y S. Jerónimo. En palabras de éste: “La mujer, en cuanto quiera servir más a Cristo que al mundo, dejará de ser mujer y se llamará hombre”.

Lo verdaderamente paradójico era que los defensores de las mujeres no acababan de encontrar una sola virtud que fuera femenina. Tal era el pensamiento de reprobación de las mujeres que las virtudes son de los hombres de modo que cuando ellas se muestran virtuosas es porque hacen alarde de actitudes masculinas. O como decíamos antes, la única virtud que se le reconoce a la mujer *per se* es una virtud negativa: la astucia, lo que la vuelve a relacionar con todos los tópicos adversos que sobre su género se han vertido secularmente.

Pero podemos encontrar todavía ejemplos que se superen en su contenido misógino, como el recogido de *Poesía misógina en la Edad Media Latina*, (s. XI-XIII) : “Mujer, ciertamente, por ti el hombre amando se convierte en mujer” Es decir, el hombre, por amor, adquiere todos los defectos que le son propios a las mujeres por razón natural de su sexo.

Parece claro, según hemos visto, que tanto la sabiduría como el conocimiento y el vino han amenazado al varón, a la castidad y a la honra en el imaginario patriarcal. La mujer ha sido vista como objeto y no como sujeto en la vida y en la literatura. Tendrán que pasar muchos siglos para que una mujer pueda escribir con libertad y escribir sin sonrojo: “Me gusta el vino como a los albañiles”. (Gloria Fuertes)